

rilla incipiente y poco segura de sus resultados militares. Pero Kennedy fue asesinado simultáneamente con Ngo Dinh Diem, y la experiencia terminó ahí. A los pocos días, Johnson comenzaba a inundar la península de soldados y armas, y enviaba los

«marines» a combatir en Santo Domingo. Han hecho falta más de diez años de desastres para que un secretario de Estado formulase tan claramente la lección recibida. Que, repetimos, no hay ninguna seguridad de que sea útil. ■

LAOS

Gobierno de la izquierda

El equilibrio inestable con que se trataba de gobernar Laos tras los acuerdos de paz de 1973 se ha inclinado ahora al Pather Lao, hacia la izquierda. Los ministros anticomunistas —cuatro— han salido del Gobierno, y una depuración parecida se ha efectuado en el Ejército real; el Gobierno, ahora, tiene una mayoría, por no decir totalidad, de ministros de izquierda, aunque el Jefe del Estado siga siendo el príncipe Suvana Fuma.

Los acontecimientos de Laos han tenido un relativo paralelo con los de Vietnam, en principio. Los Acuerdos de Ginebra no se cumplieron: el Pathet Lao debía estar reagrupado en el Norte y en el Este, según los acuerdos, pero en realidad fue combatido por el Gobierno real. Tres años más tarde —aquí ya la Historia de Laos diverge de la de Vietnam—, en 1957, la fuerza del Pather Lao era considerable, y se llegó a la paz de Vientiane: la izquierda se consideraba integrada en la comunidad y se formaría un Gobierno de coalición nacional con las tres fuerzas: izquierda, derecha, neutralistas. La realidad fue muy distinta, y continuaron las luchas y los acuerdos, que se rompían inmediatamente: 1961, 1962, 1964... En abril de 1964, golpe de Estado de la derecha y nueva guerra de guerrillas. Aun llamándose neutralista, el príncipe Suvana Fuma requirió —y, naturalmente, obtuvo: estaba prevista— la ayuda de los Estados Unidos: los aviones de Estados Unidos llegados de Tailandia y de Vietnam comenzaron a hostilizar a los guerrilleros. Sus bombardeos se centraban, sobre todo, en la llamada Línea Ho Chi Minh, que partía de Vietnam del Norte y atravesaba Laos para llegar a Vietnam del Sur.

La guerrilla, sin embargo, fue creciendo. Llegó a ser un verdadero ejército. Los acuerdos de 1973 determinaron de nuevo la coalición

y un equilibrio de fuerzas: en 1974 se constituyó un Gobierno de coalición con las tres fuerzas. Pero poco a poco, a medida que variaba la situación en los otros países de Indochina, la izquierda tenía mayor importancia. Protestaba de que en el Gobierno de coalición no tenía la representación auténtica que la daba la mayoría de la población.

Poco a poco y en esta variación de fuerzas, Suvana Fuma fue haciendo concesiones a la izquierda. Una de ellas fue la disolución de la Asamblea Nacional, que realmente no era representativa de las capas políticas del país. Debían celebrarse elecciones generales en 1976. Según todos los cálculos, iba a ganarlas el Pathet Lao, favorecido por una gran mayoría de la nación. Algunas fuerzas de la derecha conspiraban ya para impedir que tales elecciones se celebrasen.

En los últimos días se han producido algunos momentos de violencia, sobre todo, después del final de la guerra en Camboya y en Vietnam. Ha habido algunos encuentros armados entre el Pathet Lao y el ejército del general Veng Pao —que constituyeron con la ayuda y con el material de la CIA— y algún brote de terrorismo en Vientiane: el asesinato de Bun Om y el de un director de la Banca Nacional. Bun Om era hermano del príncipe del mismo nombre, gran feudal del Sur, tío del ministro de Defensa; el director del Banco era suegro del ministro de la Salud (la derecha la forman unas cuantas familias poderosas).

La presión del Pathet Lao ha conseguido ahora dominar en el Gobierno. Advértase que, hasta el momento el Régimen sigue siendo el mismo y no puede hablarse todavía de que el país se ha convertido en comunista. Pero es probable que sin la ayuda de los Estados Unidos, el cambio se precipite velozmente. ■

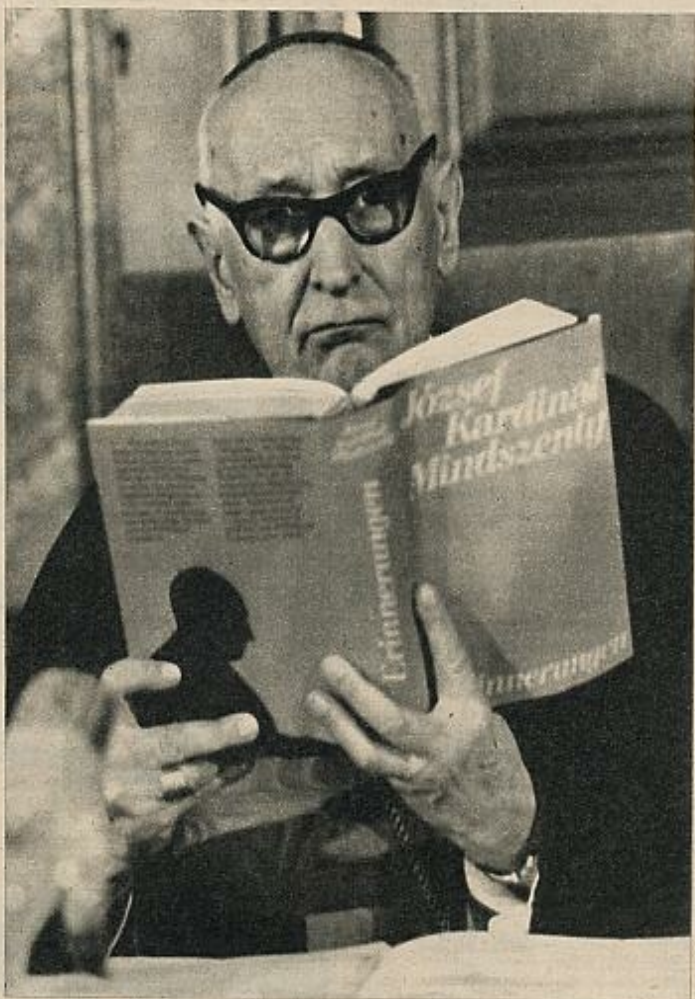
cardenal Mindszenty representaba la más rígida Iglesia católica en su máximo momento de anticomunismo.

En 1956 se produjo en Hungría un golpe revolucionario cuyos protagonistas fueron los «comunistas nacionales» —Imre Nagy— contra los comunistas stalinistas —Kadar—, que ocupaban el poder. Era la consecuencia de una larga lucha interior surgida prácticamente a la muerte de Stalin y reforzada con la destalinización del XX Congreso. El movimiento se escapó demasiado rápidamente de las manos de los comunistas nacionales y se mezcló en él una facción muy activa que era solamente anticomunista, y produjo situaciones de gran violencia y asesinatos de militantes. Imre Nagy se encontró preso en este movimiento: prometió un régimen de pluralidad de partidos y de elecciones parlamentarias, denunció el Pacto de Varsovia y quiso abrir un régimen que se considerase neutral, como el de Austria. La Unión Soviética vio claramente que no se trataba de un simple cambio de vías comunistas y de nombres de dirigentes, sino que la nación, rápidamente estimulada por Occidente —Estados Unidos y, sobre todo, Alemania Federal—, iba a cambiar enteramente de bando. Funcionó el Pacto de Varsovia, como años después en Checoslovaquia —las dos situaciones son

enteramente distintas: en Checoslovaquia era, efectivamente, un cambio de vía, mientras que en Hungría triunfaba la contrarrevolución—, y restauró el Gobierno de Kadar: Imre Nagy y algunos de sus aliados fueron ejecutados mucho más tarde, en junio de 1958.

Mindszenty, primado de Hungría, tuvo la sin duda infeliz idea de ponerse al frente de la contrarrevolución. Lo consideraba un deber político-religioso de su cargo. Efectivamente es costumbre no escrita, pero sí de muy fuerte tradición, que el cardenal primado se convierta en regente del reino en los casos en que hay un vacío en el trono. Mindszenty, desde su nombramiento de cardenal primado —al terminar la guerra, y de acuerdo el Gobierno húngaro y los ocupantes soviéticos con el nombramiento del Vaticano—, quiso de alguna manera ejercer ese privilegio; en primer lugar, considerando que la República húngara estaba fuera de la legalidad y que debía restaurarse la monarquía; en segundo lugar, considerándose a sí mismo como un jefe de Estado —un regente— privado de la posibilidad de ejercer su cargo. Mindszenty estaba seguro de que representaba la legitimidad y que debía actuar para restaurarla.

Su historia anterior, una biografía de cincuenta y siete años —había nacido en 1892, de una familia de



EL CARDENAL

Mindszenty, el héroe incómodo

Una novela, que saltó luego al teatro y al cine, tomó rasgos de la personalidad pétrea y cerrada de un hombre que acaba de morir:

el cardenal Mindszenty. Un héroe de Occidente en 1956; un héroe bastante incómodo para el espíritu conciliante de los años posteriores. El

la pequeña nobleza rural—, tenía como faros fijos de su actuación la acendrada fe religiosa y el anticomunismo, que para él significaban una sola cosa. Durante el ensayo de soviétización de Bela Kun —poco más de cuatro meses, en 1919—, Mindszenty se había arriesgado ya al criticar abiertamente el comunismo y proclamar la necesidad de que la religión se enfrentase con él. Probablemente, como a muchas personas de su tiempo— y a algunas de otros tiempos—, la urgencia del anticomunismo como compendio de todos los males le llevaron a considerar con alguna simpatía el nazismo o algún otro tipo de fascismo. De hecho, cuando los alemanes ocuparon Hungría, Mindszenty fue consagrado obispo, lo cual no hubiese sucedido si hubiese presentado algún rasgo contrario al nuevo régimen húngaro sostenido por el ocupante. Se le reprochó entonces que, cuando otros ministros de la Iglesia se jugaban sus vidas para salvar a los perseguidos y a los judíos, él encontrase justificada toda acción contra los comunistas y contra sus aliados, y no emitiese críticas contra el antisemitismo —los judíos le consideraban como antisemita—. Más tarde tendría un enfrentamiento directo con el Gobierno colaboracionista de Szalasi, que le parecía contrario a la Iglesia católica; el obispo Mindszenty fue detenido, y quizá hubiese sido enviado a un campo de concentración o ejecutado, de no haber sido por la llegada de las tropas soviéticas. Este obispo prisionero del fascismo, aunque fuese un prisionero de última hora, pareció muy interesante y muy aceptable, y por ello fue aceptado como primado.

Esta vez, Mindszenty no tuvo la actitud silenciosa y tolerante que había adoptado durante la ocupación: se declaró inmediatamente anticomunista. Lo cual comprometió gravemente a la Iglesia católica ante el nuevo régimen. A partir de su primera protesta, en 1 de enero de 1946, contra la proclamación de la República; para él, Hungría no había cesado en ser una monarquía, y él debía ejercer como regente hasta que hubiese un Rey. Sus pastorales, sus sermones y sus escritos eran terriblemente duros para el régimen y para los sucesivos Gobiernos. Hasta que en 1948 fue detenido y procesado. Como otros procesos de la época stalinista, fue prácticamente un simulacro antes de ser condenado a cadena perpetua. La muerte de Stalin cambiaría su suerte. En 1955, su condena fue atenuada por la de destierro, y en 1956, en plena revolución y contrarrevolución, volvió a su palacio episcopal, en Budapest, y se puso al frente del movimiento: nuevamente se creía el jefe del Estado provisional del país. Una de las concesiones de Imre Nagy fue la de rehabilitarle públicamente; pero sin conseguir por ello su indulgencia: en sus proclamas, el cardenal seguía considerando a Nagy y a los suyos como continuadores del comunismo y enemigos de la tradición húngara. No

consideraba diferente al liberal Nagy del stalinista Kadar. El cardenal esperaba que Occidente tomase una decisión militar para incluir a Hungría. Esperanza vana: el respeto al «statu quo» y al equilibrio mundial era más fuerte. Occidente se limitó a una gran campaña de propaganda y de acción política anticomunista, mientras las tropas soviéticas entraban en Budapest y volvían a imponer el orden anterior.

Mindszenty tomó de nuevo una decisión dura: no salió del país, como pudo haberlo hecho, sino que buscó refugio en la Embajada norteamericana, mientras las nuevas autoridades difundían documentos, declaraciones o testimonios según los cuales el cardenal primado había conspirado contra la seguridad del Estado y en connivencia con agentes exteriores, principalmente de los Estados Unidos.

Mindszenty permaneció asilado en la Embajada de Estados Unidos durante quince años, y no perdió ocasión de atacar desde ella al régimen. El hecho de que los diplomáticos occidentales se reuniesen cada domingo a escuchar la Misa que decía Mindszenty en la capilla de la Embajada, se convirtió en uno de los actos permanentes de la guerra fría.

La actitud preocupó seriamente al Vaticano, por cuanto comprometía la situación de la Iglesia en Hungría y el deseo general de restablecer buenas relaciones con los países del Este. Durante estos quince años, el Vaticano le pidió que renunciara a su asilo y se marchase de Hungría; no aceptó hasta 1971, y aun así, fijó su residencia en Viena, para

estar más cerca de su país y para seguir e influir en los acontecimientos políticos que pudieran desarrollarse. Conservó el título de Cardenal Primado y, por lo tanto, seguía creyendo en sus poderes temporales como unidos a los espirituales. Las indicaciones vaticanas de que dimitiera no le hicieron mella, hasta que en 1974, utilizando la disposición que permitía el retiro a los prelados de edad avanzada, el Vaticano declaró vacante la sede de Esztergom (cuyo arzobispo es automáticamente cardenal primado): Mindszenty hizo rápidamente saber que había sido contra su voluntad

y sin que tuviese el menor ánimo de dimitir. Tampoco aceptó la «insinuación» del Vaticano de «que no publicase sus Memorias ni se produjese en público». Las Memorias fueron publicadas en 1974, mientras hacía otros escritos y pronunciaba conferencias. Su intolerancia y la creencia en la encarnación de la verdad y la legitimidad en su persona no le faltaron nunca. Y en ellas ha muerto, a los ochenta y tres años, tras una operación de próstata. Ya su figura de héroe indomable se había ido convirtiendo en la de un anciano terco que obstaculizaba los nuevos cursos de la Historia... ■

UN MANIFIESTO DE CIENTIFICOS

El Colegio de Francia, contra la energía nuclear

● Otra manifestación —de alta calidad— contra las centrales de energía nuclear: la de los investigadores del laboratorio de física del Colegio de Francia. (El Colegio de Francia es una institución dependiente del Ministerio de Educación, pero ajena a la Universidad; reúne lo más prestigioso de la ciencia francesa y tiene una tradición de examen libre de todas las cuestiones.) En febrero pasado, estos profesores lanzaron un escrito con cuatrocientas firmas —a las que luego se añadieron cuatro mil más—, en el que pedía directamente a las

poblaciones que «rechazasen la instalación de centrales nucleares mientras no tuviesen una consciencia clara de sus riesgos y sus consecuencias». Ahora, 23 investigadores científicos, con el director del centro a la cabeza, requieren «la detención inmediata del programa de desarrollo masivo de la industria nuclear». Piden que se abra una moratoria para estudiar los problemas aún no resueltos y que se vea la posibilidad de desarrollar otras fuentes de energía.

Aparte de emitir la idea de que tienen para su oposición «razones

